

NO HACE FALTA SOÑAR, SOLO VIVIR

Introducción. El tiempo de Pascua nos sigue recordando que es muy necesario hacer experiencia de conceptos como salvación, como plenitud, como ser poseedores de una vida en abundancia, para que la fe se convierta en un a respuesta real a las necesidades de las personas, y no una colección anticuada de verdades y de términos vacíos de sentido. Nuestro encuentro diario con Jesús resucitado tiene que servir para darle una novedad radical a nuestra vida, y sobre todo para convertirnos en testigos cualificados y veraces de un amor que es más fuerte que la muerte. Y que les regala a todas las dimensiones de nuestra existencia una novedad que nos vuelve poseedores de una buena noticia que no puede ser silenciada.

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra han desaparecido, el mar ya no existe. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio. Oí una voz potente que salía del trono: Mira la morada de Dios entre los hombres: morará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. El que estaba sentado en el trono dijo: Mira, hago nuevas todas las cosas.” Ap 21,1-5.

Todo lo viejo ha pasado para nuestras vidas. Lo viejo es nuestra vida aterrada y llena de miedos, solitaria, dependiente y esclava de las valoraciones y de las aprobaciones de los de fuera. Lo viejo es nuestra vida que soñaba con ser feliz, con encontrar razones para la alegría, con personas que nos amaran y nos ofrecieran su mano para recorrer el camino. Lo viejo es idealizar, y fantasear con una vida de éxito y de realización. Lo viejo es tener el corazón lleno de rencor, de heridas por tantas personas que han pasado por nuestra vida y nos han despertado ilusiones y expectativas, y luego nos han dejado vacíos y con la decepción hiriendo nuestras vidas. Lo viejo es la rutina, los sinsabores de una historia anodina y gris. Ver que el paso de los años nos conduce de forma irremediable a un final oscuro. Y no encontrar a nuestro alrededor ninguna salida hacia una vida mejor.

Lo que Dios nos dice. Pero lo que estamos celebrando es que no tenemos que buscar ninguna salida, sino que Jesús resucitado es el que sale a nuestro encuentro, es Él el que viene a buscarnos y nos invita a cambiar lo viejo por lo nuevo. El luto y el llanto por las danzas, la vivencia de la soledad por la compañía suya fiel y permanente. La oscuridad con la que en ocasiones se envuelve todo, por una luz real que es capaz de sacar sonrisas hasta de las situaciones más desalentadoras.

“María estaba frente al sepulcro, afuera, llorando. Llorosa se inclinó hacia el sepulcro y ve dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cadáver de Jesús. Le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? Responde: Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto. Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: Rabbuni, que significa maestro. Le dice Jesús: Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto.” Jn 20,11-18.

María Magdalena nos lleva de la mano para que podamos experimentar lo que significa pasar de la muerte a la vida, de lo viejo, a lo nuevo, de la soledad a la compañía. Ella permanece junto al sepulcro con el corazón roto por la muerte de su Señor. Jesús el que le había amado como nunca le había amado nadie estaba muerto. Había sido testigo directo al pie de la cruz de su ignominiosa muerte. Al lado de María, la madre de Jesús había vivido el final de todos sus sueños. Y su vida ya no era vida sin Jesús. Qué hacer a partir de tal vacío en el corazón, pues llorar, sin fuerzas, sin futuro, sin saber dónde ir, o qué hacer. Es dolorosa esa experiencia de total desconcierto, de total falta de luz para seguir el camino. Hay momentos en nuestras historias personales que se asemejan. Ya no sé qué hacer, a donde ir, y ahí envuelto en esa oscuridad es cuando Jesús se aparece como el que devuelve todo lo que hemos perdido. Jesús resucitado ya no tiene límites, ni fronteras. Es capaz de atravesar todas las distancias y todos los escudos que le ponemos. Y va al centro de nuestra vida y nos llama por nuestro nombre. Nos recuerda lo valiosos que somos para Él. Conoce nuestro nombre, conoce nuestras virtudes y nuestros límites, y ama a los dos. Y nos encarga una misión. María, tú que estás paralizada por el dolor y por el miedo, te encargo una misión, ve y anuncia a tus hermanos que estoy vivo, que mi amor es capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Nosotros también necesitamos sentirnos valiosos, necesarios, útiles, para poder desempeñar un encargo, una misión. Produce dolor ver a tantos cristianos paralizados, pasivos, eternos oyentes de predicas y sermones de otros, pero incapaces de dar razón de su experiencia de fe.

“Reconoced internamente la santidad de Cristo como Señor. Si alguien os pide explicaciones de vuestra esperanza estad dispuestos a dar razones de vuestra esperanza”. 1ªPed 3,15.

Cómo podemos vivirlo. El Señor vivo y resucitado lo tenemos que descubrir en lo real. No hay que buscar unas circunstancias ideales, una madurez espiritual y humana determinadas. Es el Buen Jesús el que se acerca a nuestras situaciones existenciales y las ilumina con su mirada, con su amor, con su sonrisa. Y en la medida que somos capaces de descubrir lo que dice de nosotros, nos capacita a nosotros para mirar con la misma misericordia a nuestros hermanos. Vivir resucitados pasa por acoger la realidad como es, a las personas como están, y volcar todo el amor que recibimos para que sientan lo muy amados y lo muy valiosos que son a los ojos de Dios.